

La fábrica de harinas «La Moncayo»



Fachada principal de la fábrica de harinas. Archivo Histórico Provincial de Soria

Hasta hace unos 34 años, enfrente del Cuartel de la Guardia Civil, destacaba la fábrica de harinas «La Moncayo». El edificio de la fábrica, los almacenes y un chalet que lucía el rotulo de «Villa Fernanda», ocupaban los terrenos que albergan hoy una manzana de viviendas, los llamados “pisos rosas”, los bloques de viviendas que dan a la carretera de Soria desde el número 10 al número 18 y la casa unifamiliar lindante con el inicio de la calle Residencia.

La historia de la fábrica de harinas es la historia de una familia, de una mujer emprendedora, de los agredenos que trabajaron en ella, de una época de Ágreda en la que agricultura, las transacciones comerciales, el transporte eran muy diferentes a lo que hoy conocemos.

La construcción de la fábrica de harinas “La Moncayo” supuso una verdadera revolución, la llegada a Ágreda de los modos mecanizados e industriales de producción. Una innovación que vino de las manos de una mujer, doña Fernanda González Jarauta¹.

Doña Fernanda González Jarauta

No sabemos en qué momento pasó de llamarse Fernanda a que se le distinguiera como doña Fernanda. Sin duda un tratamiento que era todo un signo de consideración en la sociedad agredena de la primera mitad del siglo veinte. Una mujer que con un sencillo molino en Vozmediano heredado de su marido tuvo que enfrentarse a una dura situación. Al tiempo que trocó el molino en una industria harinera, trocó su condición social y económica con el empuje y la visión de

una mujer emprendedora, algo inusual y poco corriente en la época. Además del molino, su marido, al morir, le dejó 9 hijos. Viuda, con 41 años, supo afrontar una vida llena de dificultades.

Nació en Malón en 1859. En 1875, se casó con Dionisio Tena Peralta, oriundo de Gelsa, molinero de profesión. Él tenía 32 años, ella solamente contaba con 16 años. Vivieron primero en Gallur. Allí nació su hija Luisa Tena. A esta le siguieron Fermín, Rosa, Julián, Jerónimo, Estanislao, Ricardo, Juana, Antonia, Amalia, Baldomero y Visitación, todos nacidos en Vozmediano. En total tuvieron 12 hijos. La pequeña nació en 1899. Apenas un año después, el 1 de noviembre de 1900, a la edad de 57 años, falleció Dionisio Tena Peralta en Vozmediano.

Hacia 1909 decide trasladarse a Ágreda, donde la familia siguió con su oficio de molineros en el «Molinillo», localizado en el Camino de Olvega, frente a la Dehesa. Sin dejar la actividad en este molino, en torno a 1915 determina «ampliar negocio» y pasa a regentar otro molino en la Carretera de Ólvega, situado en una parcela localizada entre el número 8 y el número 10 de dicha avenida, hoy propiedad de la familia Rubio. Posiblemente también por esas fechas adquiere a la

familia Cisneros Tudela un edificio denominado «portazgo», emplazado en el terreno de «la Cadena», lindante con la carretera de Tarazona a Francia. Con toda probabilidad este fue el solar sobre el que se construyó la fábrica de harinas «La Moncayo».

La fábrica de harinas

La fábrica de harinas viene a enlazar con la molinera tradicional realizada en molinos. En vísperas de la instalación de la fábrica

de harinas, según el Anuario guía de Soria y Provincia editado en 1910, existían en Ágreda 8 molinos cuyos propietarios eran Salvador Mayor (Extramuros), Luis Sánchez Cacho (el Molinillo, regentado por Fernanda González), Julio Abad Caballero (Santo Domingo), José Ruiz (Extramuros), Manuel Ruiz Delgado (Extramuros), Manuel Martín Navarro (Extramuros), Pedro Ruiz Guerrero (Extramuros), Mariano Martín (Extramuros). El principio del siglo veinte trajo consigo la expansión de las fábricas de harinas y la paulatina decadencia de los tradicionales molinos maquileros que se fueron transformando en molinos para piensos. Fernanda González, una mujer, fue capaz de afrontar la nueva situación y enfrentarse a esta con perspectivas de futuro.

Su primer proyecto fue la mecanización del “Molinillo”. El 24 de abril de 1911, Fernanda González adquiere a la casa “Sucesora de Andrés Noguera” de Barcelona maquinaria para montar una instalación harinera capaz de molturar automáticamente de 6.000 a 7.000 kilos de trigo en 24 horas. Contaba con un motor que funcionaba a gas pobre producido por antracita inglesa, apto

¹ Debido a la carencia de datos escritos sobre la fábrica de harinas hemos recurrido a los testimonios orales, siendo especialmente valiosa la información que nos facilitaron Herminia Gil Martínez, Wenceslao Cacho, Trinidad Cacho, Jesús Sevillano Puyuelo, Milagros Prado Arriazu y Milagros Molero Las Heras.

para desarrollar una fuerza de 28 HP. Curiosamente este motor era de fabricación inglesa, construido por la casa J.E.H. Andreu, Reddish (Inglaterra). El 13 de enero de 1912 su hijo Fermín Tena compra el "Molinillo" a Tomás Sánchez Royo y se hace cargo del pago de la maquinaria, 34.030,60 pesetas, que Fernanda González adeudada a la empresa Noguera de Barcelona.

Desconocemos la fecha exacta de la construcción de la fábrica de harinas. De los datos del padrón de feligreses de la Parroquia de Ntra. Sra. de los Milagros se desprende que en 1915 la familia vivía ya en la casa de «La Cadena», sin que podamos aventurar que en ese año estuviese construida la fábrica. En 1916 doña Fernanda solicita la legalización de las obras que había realizado para transportar energía eléctrica desde la central de Vozmediano². Los inicios pueden situarse en torno a estas fechas. Lo que sí sabemos es que en 1919 la fábrica ya está en marcha. El periódico el «Avisador Numantino», en su número de 16 de julio de 1919, publica el siguiente anuncio: «Se necesitan dos obreros en la Fábrica de Harinas de Ágreda. Sin buenas referencias se excusan presentarse. Para tratar dirigirse a doña Fernanda González, Fábrica de Harinas LA MONCAYO, Ágreda»³.

La fábrica supuso un hito en el desarrollo económico de Ágreda, se trataba del primer edificio de carácter industrial que se construía en la localidad. Significó el principio de la industrialización, la implantación de una actividad mecanizada orientada hacia el incremento de la producción que utilizaba para ello nuevas fuentes de energía, la electricidad.

El suministro de energía eléctrica fue uno de los factores esenciales para el establecimiento de la fábrica. Doña Fernanda hizo todo lo posible para traer la electricidad suficiente desde Vozmediano. En 1918 selló un acuerdo con la sociedad «Electra del Keiles»⁴. La línea



Planta calle, zona de los molinos. Foto Archivo Histórico Provincial de Soria



Piso 1º de Planchister. Foto Archivo Histórico Provincial de Soria

eléctrica se llevó hasta Ágreda por Valdepedoces y los Collados.

Fernanda González vio la empresa como un legado familiar que debía pasar a sus hijos y a sus nietos, por lo que el edificio debía ser sólido y duradero.

La estructura, el diseño, los materiales, así como las técnicas constructivas, eran un claro ejemplo de la tipología constructiva de las fábricas de harinas del primer cuarto del siglo veinte. Se diseñó como un edificio de planta rectangular con cubierta a dos aguas en el que se realizaba la limpieza del grano, la molienda y la purificación de la harina. Constaba de dos alturas. En la primera planta estaban los molinos, sobre un forjado a media altura (posiblemente de metro y medio) en el que estaban dispuestos el eje de accionamiento de las máquinas, el motor eléctrico y las poleas que movían los molinos. En la segunda planta estaban los «planchisters», cernedores planos que servían para separar el salvado, y los sasores, que se utilizaban para limpiar las impurezas de la harina mediante corrientes de aire.

La construcción de la fábrica de harinas significó la llegada a nuestro mundo rural de la nueva edificación industrial,

heredera de la arquitectura del siglo XIX en la que se mezclaban materiales y estilos. La arquitectura del hierro y del vidrio se reflejaban en este edificio. A la par utilizaron elementos de la arquitectura popular como la mampostería y el ladrillo. Para soportar la carga usaron, por su gran resistencia, pilares de fundición que también fueron elementos ornamentales, imitando en su parte superior a los capiteles dóricos. El forjado de piso era de viguetas de madera que descansaban sobre unas vigas de acero. El suelo era de madera. Las naves muy diáfanos, con los tabiques enfoscados.

La fachada principal, por la que se accedía a la fábrica, era la más ornamentada. Presentaba una superficie de mampostería enfoscada

en la que destacaban las ventanas. La gran cantidad de polvo que se producía, molesto para los trabajadores y un riesgo para los incendios, fueron razones para diseñar grandes ventanales. Servían también para embellecer la fachada y proporcionar gran luminosidad en el interior. En total contaba con tres ventanas pequeñas en la parte baja del edificio y ocho grandes ventanales, tres en el primer piso y cinco en el segundo. Dos puertas daban acceso al interior. Todos los huecos, puertas y ventanas, estaban enmarcados con ladrillo formando jambas, dinteles con una ligera curvatura y alfeizares. Los ventanales, de gran tamaño, eran de forma rectangular con vidrios pequeños, que les daba la apariencia de estar subdivididos. Las puertas, de aspecto muy sobrio, no eran muy grandes, de dos hojas con carpintería de madera.

Como elemento de adorno en la fachada, además del ladrillo, utilizaron el azulejo para dar una nota de color azul a la fachada y para colocar el rotulo con el nombre de la fábrica «Fábrica de Harinas La Moncayo». En una época en la que las harineras eran bautizadas con

² El Noticiero de Soria. Año XXXVIII. Numero 2931. 21 de abril de 1916. Pág. 2.

³ El Avisador Numantino. Época 2ª. Año XLI. Número 3918. 16 de julio de 1919. Pág. 3.

⁴ Archivo Municipal de Ágreda. Actas Municipales. 18 de noviembre de 1918.

alguna denominación referida al nombre de sus dueños, el emplazamiento o identificadores religiosos, doña Fernanda optó por distinguirla con el nombre de la montaña más significativa de nuestra geografía.

Para el almacenamiento de los sacos de trigo, salvado y harina se dispuso un almacén adosado a la parte izquierda, de menor altura que el edificio principal. La parte trasera de la fábrica tenía un muelle de carga y descarga.

Su Historia

Tenemos constancia de que la harinera molturaba ya, al menos, en 1919. Justamente en una época, el primer tercio del siglo veinte, en el que se produjo en España el rápido crecimiento y la modernización de la industria harinera. Durante estos años hubo importantes cambios demográficos y económicos que incidieron en el consumo. A estos se unió la situación bélica que vivió Europa durante la I Guerra Mundial, contienda en la que España permaneció neutral y durante la que aprovechó para aumentar la capacidad productiva y surtir de harina a muchos países europeos. Doña Fernanda supo ver el momento y la oportunidad. Comprendió que la capacidad productora iba unida a la implantación del nuevo sistema de molienda mediante cilindros, la mejora del cernido mediante la colocación de cernedores planos o planchisters y al proceso de electrificación. En 1927 la producción diaria de "La Moncayo" alcanzaba los 12.000 kilos; la harina era vendida en la comarca y en los mercados de Castellón de la Plana. Los silos tenían capacidad para almacenar 160.000 kilos de trigo y el depósito de granos limpios tenía una cabida de 30.000 kilos. La fábrica contaba con tres motores eléctricos de 30, 11 y 7 ½ H.P.⁵. El trigo procedía de toda la comarca, la «Rinconada», Noviercas, La Cueva, Pozalmuro, Pinilla, Hinojosa.

Al instalar la fábrica de harinas la



Trilladora situada en la era frente a la fábrica, en la zona que hoy ocupa el cuartel de la Guardia Civil

familia Tena González dejó de utilizar el «Molinillo», sin embargo siguió usando el molino de la carretera de Olvega, movido ahora también por electricidad, y en el que se molturaba el pienso para animales. La fábrica se dedicaba casi en exclusiva a la elaboración de la harina para pan. Al igual que los otros molinos existentes en la localidad el molino siguió siendo maquilero, cobrando a los particulares que llevaban el grano a moler una porción de grano o harina. En su molino, de cada 130 kilos de trigo que llevaban a moler entregaba 100 kilos de harina. En 1930, según el Anuario Riera, además



Publicidad de la fábrica, años 1940.

de la fábrica de harinas y el molino de doña Fernanda, en Ágreda existían tres molinos en el barranco de los Molinos, pertenecientes a Felipe Ruiz, Pedro Ruiz y la viuda de José Ruiz. Junto a estos el molino de la «Costanilla» que regentó Mariano Orte.

La fábrica de harinas «La Moncayo» estaba integrada en la Asociación provincial de Fabricantes de Harina, constituida entre 1926-1929. En 1934 doña Fernanda era la única mujer que figuraba como propietaria y miembro de dicha asociación⁶.

A partir de la Guerra Civil se consolidó en España un rígido intervencionismo en el sector triguero-harinero, creándose

se organismos que fijaban los precios, los cupos de entrega obligatoria y las tasas de molturación. Estos organismos fueron el Servicio Nacional del Trigo, el Sindicato Nacional de Cereales y la Comisaría de Abastecimientos y Transporte⁷. Se estableció la obligación de vender al Estado una parte importante de la cosecha de cereales, quedando prohibida la venta a fabricantes

de harina y molineros, que debían recoger en el Servicio Nacional del Trigo los cupos que les correspondían para molturar. El agricultor se reservaba el resto de la producción como simiente, para el autoconsumo y para alimento del ganado. La ley permitía que los agricultores llevaran estos granos a molinos maquileros y fábricas donde se canjeaban por harina o piensos. Ni que decir tiene que esta intervención, junto al racionamiento de alimentos que establecía una pieza de pan de 125 a 150 gramos por persona, fomentó numerosas molturaciones clandestinas, el «estraperlo» y el mercado negro. Tanto en los molinos como en la fábrica de harinas se siguió moliendo clandestinamente a vecinos y familiares, como un gran favor, compensado con elevadas maquilas. Se aprovechaba la noche y la madrugada para moler. La harina clandestina era transportada durante la noche por sus propietarios, que para no hacer ruido ni de carros ni de caballerías soportaban sobre sus hombros las sacas de hasta 100 kilos. Tanto la ocultación de cereales como el mercado clandestino se consideraban delitos, penados con multas, sanciones e incluso cárcel. Multas de las que no se vieron libres los dueños de la fábrica de harinas. El periódico el «Avisador Numantino» se hacía eco en 1941 de diversas sanciones impuestas por la Fiscalía Provincial de tasas de Soria por «ocultación, compra venta y circulación clandestina de harina». Entre los sancionados figuraban Fernanda González Jarauta, a la que se le impuso una multa de 11.000 pesetas; Julián Tena González,

se organismos que fijaban los precios, los cupos de entrega obligatoria y las tasas de molturación. Estos organismos fueron el Servicio Nacional del Trigo, el Sindicato Nacional de Cereales y la Comisaría de Abastecimientos y Transporte⁷. Se estableció la obligación de vender al Estado una parte importante de la cosecha de cereales, quedando prohibida la venta a fabricantes de harina y molineros, que debían recoger en el Servicio Nacional del Trigo los cupos que les correspondían para molturar. El agricultor se reservaba el resto de la producción como simiente, para el autoconsumo y para alimento del ganado. La ley permitía que los agricultores llevaran estos granos a molinos maquileros y fábricas donde se canjeaban por harina o piensos. Ni que decir tiene que esta intervención, junto al racionamiento de alimentos que establecía una pieza de pan de 125 a 150 gramos por persona, fomentó numerosas molturaciones clandestinas, el «estraperlo» y el mercado negro. Tanto en los molinos como en la fábrica de harinas se siguió moliendo clandestinamente a vecinos y familiares, como un gran favor, compensado con elevadas maquilas. Se aprovechaba la noche y la madrugada para moler. La harina clandestina era transportada durante la noche por sus propietarios, que para no hacer ruido ni de carros ni de caballerías soportaban sobre sus hombros las sacas de hasta 100 kilos. Tanto la ocultación de cereales como el mercado clandestino se consideraban delitos, penados con multas, sanciones e incluso cárcel. Multas de las que no se vieron libres los dueños de la fábrica de harinas. El periódico el «Avisador Numantino» se hacía eco en 1941 de diversas sanciones impuestas por la Fiscalía Provincial de tasas de Soria por «ocultación, compra venta y circulación clandestina de harina». Entre los sancionados figuraban Fernanda González Jarauta, a la que se le impuso una multa de 11.000 pesetas; Julián Tena González,

⁵ El Porvenir Castellano: Periódico independiente. Año XVI. Número 1287. 20 de junio de 1927.

⁶ Boletín Oficial de la Provincia de Soria. Número 92. 1 de agosto de 1934.

⁷ El Servicio Nacional del Trigo se instaló en unos almacenes situados en la carretera de Ólvega, junto al molino de doña Fernanda. Hacia 1962 se trasladó al silo nuevo, lindante a la estación de RENFE. En él trabajaron la familia Sevillano Puyuelo; primero, al acabar la Guerra civil, Rafael Sevillano, después sus hijos Jesús y Rafael. Jesús se jubiló en 2006. Su hermano Rafael el 25 de julio de 2013.

6.000 pesetas; Antonia Tena González, 6.000 pesetas y Pedro Cilla Valenciano, 5.000 pesetas.

Los años cuarenta significaron la mayor expansión de la industria harinera. Uno de los factores que favoreció su desarrollo fue el transporte por ferrocarril. El 30 de septiembre de 1941 se inauguró la línea de ferrocarril Soria - Castejón. «La Moncayo» vio acrecentar sus posibilidades de venta y distribución. La excelente ubicación de la fábrica, cerca de la estación ferroviaria, aumentó el trasego de la mercancía. Las sacas de harina de 80 a 100 kilos eran transportadas hasta la estación con carros y caballerías. Esto supuso una ampliación del mercado, la harina se facturaba en la estación de tren hasta Barcelona.

Aunque Julián Tena González venía siendo el responsable de la empresa familiar, el fallecimiento de doña Fernanda en 1949, a la edad de 91 años, constituyó un cambio importante en el devenir de la fábrica. Bajo su dirección la fábrica conoció buenos tiempos pero hacia 1957 empezó a declinar hasta acabar en quiebra. La rumorología popular atribuyó la ruina a Alfonso García González, un asturiano que llegó a Ágreda en los años cuarenta a trabajar en la banca. Si bien su gestión fue bastante deficiente no sería justo achacarle a él toda la culpa de la ruina en la que acabó la obra de doña Fernanda.

A doña Fernanda solamente le sobrevivieron tres hijos, Julián, Visitación y Antonia. Los tres siguieron el negocio de la fábrica de harinas⁸. Los dos primeros permanecieron solteros, Antonia se casó en 1944 con el citado Alfonso García. Él contaba con 36 años de edad, ella 51.

Entre 1947 y 1954, la actividad de la fábrica generó importantes beneficios; en estos siete años alcanzaron un 151%. Los clientes pagaban regularmente y la empresa apenas tenía deudas. Esta situación creó grandes expectativas, por lo que Julián Tena decidió ampliar la capacidad de molienda y modernizar instalaciones y maquinaria⁹.

Las grandes inversiones se reali-



Libreta de esquemas técnicos dibujados por Víctor Vijuesca.

zaron en 1955 y 1956. Se reformó la fábrica. Se cambió parte de la maquinaria, invirtiendo 596.473 pesetas. En 1956, además, se adquirió un camión Pegaso de 8 toneladas para realizar el transporte de la harina. Toda la inversión se pagó con el dinero de la empresa. La capacidad de molturación elevó el nivel de producción, incrementándose las existencias de harina.

A partir de 1957 los beneficios de la empresa empezaron a caer, situación que fue empeorando y de la que ya no se pudo salir. Aunque la decisión de hacer grandes inversiones en maquinaria no fue mala, el momento no fue el oportuno. La situación económica de la fábrica permitía hacer esas inversiones, pero para ello utilizó todo el dinero del que disponía. De 1957 a 1958 los beneficios de la empresa cayeron al 50%, y en el año 1959 fueron nulos. Los almacenes estaban llenos de existencias imposibles de colocar en el mercado. Los clientes no pagaban; en 1957 llegaron a adeudar a la fábrica

1.272.343 pesetas. Para hacer frente a los pagos la empresa tuvo que endeudarse con los bancos hasta límites extremos.

A la muerte de Julián Tena, en 1960, la empresa empezó a quebrar. La fábrica de harinas fue víctima de una mala administración, a la que se unió la decadencia en la que estaba inmersa la industria harinera en España a partir de los años sesenta. Una de las causas fue el exceso de capacidad de producción en relación con el consumo. A partir de 1955 y sobre todo durante la década de los sesenta se inició un declive en el consumo de pan de la población española, debido a la mejora del nivel de vida. Frente al consumo de harina de trigo per capita de 117 Kg/año que se registraban en los años treinta, a principios de los sesenta era inferior a 100 Kg./año. En muy pocos años se cerraron un buen número de las harineras existentes en España. Por otra parte, se fueron reduciendo los mercados

donde colocar los excedentes. Alfonso García, con el fin de abrir nuevos mercados, inició contactos comerciales con Asturias, su tierra de origen; parece que la operación comercial no dio resultados. La competencia que existía entre las harineras y el intento de vender la harina a bajo precio y con unos aplazamientos en los pagos insostenibles hicieron el resto.

Todavía durante algunos años se hizo cargo de la harinera la familia Molero Las Heras. Pero la fábrica «La Moncayo» no pudo resurgir. El edificio perdió su funcionalidad y se vio abocado a su destrucción.

Las personas que también hicieron la fábrica de harinas

La memoria de la fábrica de harinas está unida también a las personas que trabajaron en ella a lo largo de los años. En estas líneas no figurarán todas ellas, pero sirvan los nombres de los que se recuerdan como homenaje a los que forjaron una época de Ágreda con su trabajo. Uno de los primeros de los que tenemos constancia fue Rogelio San Lorenzo; más tarde ejerció el oficio de panadero en la

⁸ Otro de los hijos, Estanislao, estableció también una fábrica de harinas en Barbastro, llevaba el nombre de su mujer; se llamó «Harinera del Carmen». De capacidad similar a «La Moncayo» molturaba al día 10.000 kilos. Tampoco se conserva el edificio. Sobre su solar se construyó el Palacio de Congresos de Barbastro. Información facilitada por Juan José Nieto Callén, historiador de Barbastro.

⁹ Agradecemos a la economista Rocío Ruiz Cacho el análisis de los datos económicos registrados en el Libro de contabilidad, titulado INVENTARIOS, de la fábrica «La Moncayo» que recoge apuntes de los años 1947 a 1959.

panadería que llevaba su nombre, situada junto al Arco de Santo Domingo en la calle Vicente Tutor.

En 1946, según los datos del Censo de Empresas y de Artesanos, Comerciantes e Industriales Comarcal de Ágreda, trabajan en la fábrica de harinas 20 operarios. Entre los que recordamos están Gerardo Alonso, Pablo Cacho Las Heras, fundador de la panadería de «*El Mercadal*», sus hermanos Máximo y Virgilio, y su hijo Wenceslao, operario de la fábrica hasta 1962. Manolín y Félix Jiménez, Andrés y Manuel,

La fábrica de harinas «La Moncayo» marcó un hito en el desarrollo económico de Ágreda en la primera mitad del siglo XX. Su génesis se fusiona con el nombre de una mujer emprendedora, luchadora y trabajadora, doña Fernanda González, y el de su hijo Julián Tena. Aunque trabajó en la sombra gran parte de su vida, fue el artífice de la gestión y modernización de la harinera

del que desconocemos el apellido, que marchó a vivir a Tarazona.

Del personal de oficina han quedado los nombres de Víctor Serrano Resano, de Zaragoza, llevó la administración hacia 1939. Le siguieron Silvestre (desconocemos el apellido) y Paco Hernández, casado con Julia Ortega Sevillano en 1944. Más tarde se hizo cargo Ángel Fernando Ortega Garrido, casado con Remedios Las Heras Cacho.

En 1956, año en que adquirieron el camión Pegaso para el transporte de la harina, vino a unirse a la plantilla un conductor, Mariano Prado. Trabajó en la empresa hasta 1958. Posteriormente, durante muchos años, fue taxista en Ágreda.

Víctor Vijuesca fue la persona que más tiempo y con lazos más fuertes estuvo unida a la fábrica de harinas «*La Moncayo*». Víctor no era un operario más, formaba parte de la familia. Su padre, Clemente Vijuesca, trabajó con Dionisio Tena en el molino de Vozmediano. Al trasladarse la familia Tena González a Ágreda, Clemente vino con ellos. Víctor Vijuesca permaneció ligado a la harinera



En primera fila, de izquierda a derecha: Julián Tena González, Visitación Tena González, María Jesús Tena Angós, hija de Estanislao Tena González, hijo de María Jesús Tena, Antonia Tena González (casada con Alfonso García), Herminia Gil y Víctor Vijuesca el día de su boda. Año 1956.

hasta que la fábrica y los Tena González desaparecieron. Trabajó como encargado de producción. Su mujer Herminia Gil Martínez conserva un cuaderno en el que Víctor anotó primorosamente todo el proceso de elaboración de la harina. A la vista de este se puede afirmar que realizó muy bien su trabajo, pero sobre todo que ponía en él dedicación y cariño.

Conclusiones

La fábrica de harinas «*La Moncayo*» marcó un hito en el desarrollo económico de Ágreda en la primera mitad del siglo XX.

Su génesis se fusiona con el



Panteón familiar en el Campo Santo de Ágreda

nombre de una mujer emprendedora, luchadora y trabajadora, doña Fernanda González, y el de su hijo Julián Tena. Aunque trabajó en la sombra gran parte de su vida, fue el artífice de la gestión y modernización de la harinera.

El declive de la fábrica fue unido al ajuste que sufrió el sector harinero a finales de los años cincuenta y en los años sesenta.

El edificio desapareció en los años ochenta. Tuvo menos suerte que otras edificaciones similares, ejemplo de la arquitectura industrial del siglo XX, que se convirtieron en hoteles, museos o centros culturales. En 1982 se dio licencia para la construcción de unos bloques de viviendas, los «pisos rosas», en el solar que ocuparon la fábrica, los almacenes y «*Villa Fernanda*». Con su demolición se borró una parte de la historia de Ágreda y también la memoria de la familia Tena González. Memoria que apenas se conserva en un panteón del Campo Santo. Al igual que «*La Moncayo*», se construyó con ánimo de pervivir. La fábrica fue asolada, el panteón muestra el paso del tiempo, el olvido y el abandono.

De toda esa época de molinos, maquilas, molineros y harineras, apenas quedan vestigios de tres molinos, dos en el Barranco de Los Molinos, uno en La Costanilla. Tal vez, estas líneas puedan servir para animar a recuperar esa parte de nuestro patrimonio etnográfico que está a punto de desaparecer.